

HEMELRIJK, Emily Ann: *Hidden Lives, Public Personae: Women and Civic Life in the Roman West*. Nueva York, Oxford University Press, 2015, 648 pp.

Emily Hemelrijk ha escrito una obra de gran interés para la historia social de género en la Roma antigua¹. Influenciada por la obra de Riet van Bremen sobre la participación de las mujeres en las ciudades del Oriente helenístico y romano, Hemelrijk ha invertido cerca de una década de trabajo investigando las actividades cívicas desarrolladas por las mujeres romanas en las ciudades provinciales del Occidente romano. Funciones individuales pero en beneficio de su ciudad, enmarcadas en una experiencia histórica y vital de gran pulsión e intensidad, en el que la difusión de las formas de vida romanas desde el siglo I a. C. transformó la estructura social de las provincias. Imbuidas en la expansión del derecho latino y las reformas de propiedad de Augusto; de la difusión de la ciudadanía; en un contexto de formación de una nueva elite económica; y en las posibilidades potenciales que las formas de vida pública romanas proporcionaban, algunas mujeres itálicas, hispanas, galas o norteafricanas, principalmente ciudadanas romanas de las clases privilegiadas, obligadas a hacer recto uso social de su riqueza, otearon —y explotaron, en la medida de sus posibilidades— este nuevo contexto social y urbano, fosilizado en la epigrafía y, en menor medida, en la arqueología. A diferencia de la ciudad de Roma, donde, en lo que respecta a las mujeres, y salvo las vestales, la familia imperial monopolizaba las acciones públicas, las oligarquías locales de las provincias occidentales no sufrían de esa concentración en pocas manos, pudiendo repartirse entre ellas el conjunto de cargos públicos y manejar las palancas de los sistemas de honor y memoria cívicas. Existe, en consecuencia, una suerte de diglosia documental entre lo que las fuentes literarias emanadas de la ciudad de Roma, tradicionalmente las más estudiadas, indican de los roles públicos de las mujeres; y aquello que se extrae de la epigrafía provincial.

Con estas mimbres, en el Occidente romano la epigrafía da fe de mujeres desempeñando sacerdocios, siendo benefactoras, participando en redes sociales y asociaciones cívicas, patrocinando actividades públicas y autorepresentándose. Todos estos campos se derivan casi siempre de esa inversión en la ciudad de riqueza acumulada; y estudiadas pormenorizadamente por Hemelrijk. Se trata, por tanto, de aproximarnos al mundo romano de las ciudades desde la

1. Emily Hemelrijk es profesora de Historia Antigua en la Universidad de Ámsterdam desde 2007. Sus campos de investigación se han centrado en la historia social de género en el mundo romano antiguo, con especial interés en la familia y en el papel cívico de las ciudadanas romanas. Desde 2007 dirige el proyecto de investigación NWO *Hidden lives - public personae. Women in the urban texture of the Roman Empire*, que ha dado como resultado la presente monografía.

perspectiva de las mujeres que en ellas y por ellas desempeñaban algún tipo de función pública y/u honorífica.

Semejante empresa requiere de unos presupuestos metodológicos tan exigentes como sus objetivos. Hemelrijk traza una estructura investigadora sostenida sobre a) la epigrafía, b) unos marcos temporales y geográficos concretos y c) los conceptos de romanización y naturaleza pública. El primero de los apartados comprende el soporte empírico del que se sirve Hemelrijk para elaborar su obra, transformando epitafios, dedicatorias y epigrafía honorífica en datos cuantitativos, en formas estadísticas; y cualitativos, por su empleo para entender contextos y procesos sociohistóricos. El impacto visual, mental y cívico de los monumentos, o las relaciones entre emisores y receptores del mensaje, también son objeto de estudio, yendo, por tanto, más allá del simple estudio histórico del texto.

Este armario documental se circunscribe, explicando ya el segundo apartado, al Occidente del Imperio (con la inclusión de Bretaña, los Balcanes y el Danubio, debidamente justificada por su grado de latinización) en su etapa altoimperial y prolegómenos, excluyendo, por tanto, al Oriente romano grecoparlante y a la ciudad de Roma, que restringía, como ya hemos señalado, las oportunidades de patrocinio público de sus ciudadanos. Sin embargo, en este libro, la autora convierte a la *Urbs Aeterna*, de forma consciente o no, en mediadora; un espejo fijo que refleja las similitudes y diferencias con las provincias.

Teniendo, pues, el soporte material y contextual, falta el factor ideológico para formular la ecuación. Es cuando entra en juego el tercer apartado, donde Hemelrijk defiende y reivindica el concepto de romanización como herramienta útil para entender las relaciones y expresiones sociales de sus casos de estudio. Por romanización entendemos maneras de concebir la vida pública y en sociedad genuinamente *romanas*, pero que, por operar en territorios y contextos diferentes —concede Hemelrijk— dan lugar a espacios intermedios de intercambio cultural, reciprocidades e incluso a hibridaciones. Hemelrijk advierte, como condición *sine qua non*, y dentro de este marco conceptual de la romanización, la urbanización como caldo de cultivo de la actividad cívica. Por último, el campo de trabajo es discreto, limitándose a aquellas acciones que Hemelrijk considera de carácter público, que ella vincula al cuerpo cívico. Es una asunción un tanto rígida, máxime por lo complicado de definir el concepto *publicus*, pero que evita la dispersión de los objetivos.

Es de agradecer las constantes llamadas a la cautela y a la honestidad intelectual de las que hace gala Hemelrijk, en lo que a descripción metodológica concierne; honestidad de la que tan necesitados estamos en la historiografía de la Antigüedad. Nuestra disciplina, de base necesariamente empírica, ha de ser consciente de sus propias limitaciones y gustar de la autocrítica. Hemelrijk recuerda en multitud de ocasiones, por ejemplo, los “contras” que conlleva apoyar la masa crítica de su obra en la epigrafía: desfase de más de un 90% entre lo que hubo y lo que atesoramos hoy día; extrema codificación de los textos,

que muchas veces son fragmentarios; y la posible amenaza de lo que Ramsay McMullen denominó como «hábito epigráfico». Con todo, coincidimos con la autora en que, en números brutos, sus 1400 inscripciones filtradas analíticamente permiten atestiguar tendencias y consecuencias sociales protagonizadas por las mujeres de las provincias. Hemelrijk, en definitiva, elabora una metodología de un cariz casi personal, pero bien defendida y juzgada en sus deficiencias.

Hidden Lives, Public Personae se vertebra de forma funcional. Una nutrida Introducción inicia la obra, complementándose con el Capítulo Primero. En las más de 35 páginas que comprenden estas dos partes, se desglosan los objetivos y el aparato metodológico en profundidad y de forma general, dejando la mayoría de ejemplos concretos para los capítulos correspondientes. Estos capítulos, cinco en total, suceden a la Introducción y conforman el cuerpo central del libro. En cada uno de los cuales se analiza en detalle uno de los cargos públicos, actividades cívicas e incluso el evergetismo capitaneado por mujeres romanas. En cada uno de ellos se analiza y cuestiona la información, derivándose al final unas conclusiones pormenorizadas. Unas breves Conclusiones cierran el *corpus* textual, baremando las evidencias y recogiendo algunas reflexiones finales sobre la desigualdad de género en el mundo romano, la diversidad centro-periferia e intrarregional o la historicidad de las acciones de estas mujeres, insertadas en los cambios estructurales que trajo el Principado.

Hidden Lives, Public Personae se despide incorporando, además de mapas e ilustraciones, una cantidad ingente de tablas con información epigráfica comprendidas en 224 páginas. Si bien este tipo de apéndices pueden correr el riesgo de distanciarse del discurso principal, desgajando la parte narrativa de la documental, no nos ha parecido el caso en la obra de Hemelrijk, que inserta en el corpus textual los datos empíricos para extraer conclusiones. Por tanto, se hacen de utilidad para el investigador o el lector interesado en consultar la evidencia sobre la que descansa la obra, abriendo la puerta a un examen más minucioso del texto. Realmente, bien podríamos achacar este gesto en la honestidad metodológica que hemos referenciado más arriba.

Hemelrijk, en definitiva, tiene el mérito de haber elaborado una obra de conjunto que sintetiza las acciones públicas de las mujeres en las provincias del Occidente romano, agrupando un material otrora disperso y no sistematizado. Esta labor de reunión de información allana el camino a las interpretaciones y a un conocimiento más aproximado de las relaciones de género en el mundo romano. Hemelrijk consigue mantener un equilibrio entre las fuentes y estas interpretaciones, no cayendo en un positivismo decimonónico. De hecho, ella misma advierte de las propias limitaciones “de archivo” que entrañan sus objetivos, elaborando una crítica textual y estadística.

No sería aventurado afirmar que el objetivo último de la obra de Hemelrijk, esto es, el de comprender con más precisión las dinámicas de género en el pasado (romano), cuenta con un trasfondo en el que se pueden leer reivindicaciones

recientemente deconstruidas y caras a la historiografía de género actual: las mujeres no estaban condenadas al espacio privado, al de la *domus*, es más, ni siquiera la dicotomía *publicus/privatus* existía como tal en Roma (ni tenía las connotaciones actuales) como tampoco lo existe hoy. Las mujeres se socializaban en la calle, se movían, iban al teatro, participaban en su contexto vital y estaban, como señala Hemelrijk, adaptadas a sus códigos cívicos y sociales. Poco a poco nos formamos nuevas ideas de las mujeres romanas y de su inserción en la vida urbana. No olvidemos que Hemelrijk estudia aquí un material relacionado con el cuerpo cívico, dejando para trabajos futuros las formas mixtas entre los contextos públicos y privados. No es cuestión, empero, de forzar las pruebas o de crear discursos ahistóricos: en las Conclusiones finales, la autora vuelve a subrayar la naturaleza eminentemente patriarcal de la sociedad romana y la exclusión más o menos generalizada de las mujeres de las funciones públicas, el voto y de la administración local y del Estado central. Pero los objetivos, y tenemos que reiterarnos, son diferentes: la mitad de la sociedad no encajaba en esos roles tan limitados que se nos han ido diciendo desde los mismos autores clásicos, sino que también participaba de la vida pública, aunque fuera con unas fuertes restricciones, se movía en ella y creaba memoria, identidad y relaciones sociales más allá de sus papeles asignados. Seguimos inmersos en el debate sobre si centrar las investigaciones de género únicamente en las mujeres nubla nuestra visión general o no, aunque de esta forma también visibilizamos y damos voz a enormes sectores de la población tradicionalmente marginados y silenciados por la historiografía. La sociedad altoimperial, en consecuencia, gana complejidad y diversidad cuando advertimos esta casuística; ladrillo a ladrillo se derrumban ciertas ideas dadas tradicionalmente por ciertas. Un trabajo, como no podría ser de otra forma en el género historiográfico, con ecos actuales.

David Sierra Rodríguez

Universidad Autónoma de Madrid

david.sierrar@estudiante.uam.es

PUYADAS RUPÉREZ, Vanessa: *Cleopatra VII: la creación de una imagen. Representación pública y legitimación política en la Antigüedad*. Pressas de la Universidad de Zaragoza, 2016, 361 págs.

Hay personajes que han trascendido más allá de su marco cronológico y espacial, quedando en esa balsa atemporal que hace que sean parte de la actualidad, ya sea cultural, política o dentro del ámbito mítico y artístico. De este selecto grupo de personajes inmortales podemos destacar a la reina más famosa de la Antigüedad, Cleopatra VII. Solo su nombre ya es evocador, con sabores tanto de *femme fatale*, como de una bellísima perdición, donde la ambición y